

DE LA CULTURA A LA FILOSOFÍA

M MONZÓ



"La cultura" del diseño, por ejemplo. Hará unos diez años

se empezó a utilizar de forma masiva eso de "la cultura", entendida no en sus acepciones habituales -la de cultivo de las facultades humanas, o la de conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos en una época o grupo social- sino como algo más, como un plus inconcreto y pretencioso. Se hablaba, así, de "la cultura del diseño", sin que se supiese muy bien qué querían decir que no dijese cuando hablaban, simplemente, de "el diseño". Sin ningún problema, hubiesen podido hablar de "el diseño" -de su complejidad, de su historia, de sus implicaciones, de sus facturas- sin ponerle antes lo de "la cultura de". Pero, precedido por "la cultura de", les parecía que sonaba mejor, que quedaba más interesante.

De la misma forma, se hablaba de "la cultura del ocio", de "la cultura del bienestar" o de "la cultura del carpaccio". Lo del comer se prestaba y se presta mucho a este tipo de revestimientos de fachada. Igual que había "la cultura del carpaccio", había "la cultura del cuscús", "la cultura de la creatividad" (gastronómica, se entiende) o "la cultura del riesgo" (también gastronómico, por desgracia). En proporción inversa a la mengua de cultura de los nuevos planes educativos, crecía en los medios de comunicación una sobredosis de "la cultura" como muletilla interesada: como era de prever, al cabo de poco se convirtió en un cliché.

Se utilizó tanto que ahora canta, como el pescado en mal estado. Y, como quien se va a Sevilla pierde su silla, su lugar lo ocupa últimamente lo de "la filosofía". Uno de sus grandes propulsores entre las masas fue el ínclito Louis van Gaal, de infausta memoria. Entre sus "¡tú no egges positifo!" y sus "¡tú no tienes ggritmo!" hablaba de "mi filosoffía" y de "la filosoffía del equipo". De Van Gaal lo aprendió Josep Lluís Núñez, a la sazón presidente del FC Barcelona, que debió considerarlo un recurso elegante e iba por ahí repitiendo a todas horas: "Nuestra filosofía como club...".

Ahora se oye ya por todas partes. En la radio, en una sola mañana, lo he escuchado tres veces. La primera, en una entrevista a un fabricante de juguetes educativos que hablaba de "nuestra filosofía como empresa...". En la misma emisora, al cabo de un rato, en un publipreportaje de un centro de adelgazamiento, liposucciones y cosas así. Con voz labrada por los arados de la mercadotecnia, la directora explicaba cómo te sacan los kilos de encima y de pronto dijo: "Porque, claro, nuestra filosofía de los tratamientos de belleza...". Una hora más tarde, un cocinero en boga desnudaba su alma profesional: "Puedo confesar que mi filosofía como cocinero está basada en el rigor de la improvisación...".

Que los entrenadores entrenen lo mejor que sepan, que los cocineros cocinen platos sabrosos y que los que se dedican a las curas de adelgazamiento triunfen en su empeño. Pero que dejen a la filosofía en paz y en manos de los filósofos. Tanto utilizar la palabra en vano me recuerda uno de los chistes recurrentes de los payasos de cuando yo era chico, el de la filosofía. Salen a escena el payaso que se las da de listo y el payaso tonto, con sus zapatones, su sombrero y su sonrisa bobalicona. Entre guiños de complicidad al público infantil, le dice el listo al tonto:

-Oye, ¿tú sabes lo que es la filosofía?

-Claro que lo sé -dice el tonto. Y, levantando primero el pulgar y después el índice, añade:-

La Filo y la Sofía.

Pues eso.

DE "LA
OCIO",
A DEL
O DE
A DEL
OCIO"